



PITÁGORAS

Por Norma Novoa

Conocer la Esencia Divina es el destino superior del alma, enviada por el Creador a la Tierra, enseña Pitágoras, el Filósofo de Samos, que vivió en siglo VI a.C. Su figura está envuelta en un halo de leyenda, misticismo y hasta de culto religioso. Se dice que fue el primero que uso el término Filosofía, autodenominándose filósofo.

La palabra Filosofía para él “es el conocimiento de la Verdad, de lo Eterno, de DIOS”: existe un Saber perfecto que consiste en el conocimiento de la Naturaleza que descubre la esencia eterna de las cosas, y muy particularmente el admirable orden que reina en el Universo. Su filosofía está comprendida en dos palabras: contemplación y comprensión, simplemente es aprender a Ver y saber Escuchar:

“Tan sólo el Espíritu Ve y comprende, pues fuera de él todo es en el hombre sordo y ciego”.

He aquí su definición de Filosofía:

“Si se os pregunta ¿Qué es la Filosofía? Decid: Es una pasión por la Verdad, que da a las palabras del sabio el poder de

la Lira de Orfeo. Escucha, y serás sabio. El comienzo de la Sabiduría es el silencio.”

Y afirma que:

“La Sabiduría es el conocimiento espiritual sobre lo Supremo” “No hay mucho valor en aquel conocimiento que simplemente ejercita la mente y entrena la memoria. El conocimiento será valioso, siempre y cuando lleve a la cognición de la Verdad y de las Leyes de la Vida del Todo.”

La enseñanza pitagórica se basa fundamentalmente en todo lo que contribuye a recordar las grandes leyes de la armonía que rigen el Cosmos y revelan los sutiles lazos que unen al hombre con el Gran Todo; es decir con DIOS. Afirma que la Ley es la Inteligencia que ordena el mundo, y que es la Voluntad Divina quien produce eternamente las cosas y también, eternamente las conserva. El hombre es un pequeño mundo, posee cuerpo físico, y al igual que el universo tiene sus energías y su movimiento; experimenta emociones que se pueden comparar en la Naturaleza a los fenómenos que suceden en la atmósfera; el hombre aspira a la sabiduría, a la armonía, a la felicidad y a la justicia y esta noble facultad es el reflejo humanizado de las Supremas Leyes que rigen la unidad universal:

“La unidad es la esencia de todo ser, sólo podemos llamar ser a lo que es Uno. Por lo tanto la armonía es la ley misma de la unidad”.

Todo ser vivo está sujeto a esta ley, pues la vida es armonía. El mundo entero no existe más que por la armonía y DIOS es la Armonía Suprema, Él es el acuerdo fundamental que reside entre todas las cosas distintas, diferentes y contrarias dentro de la unidad universal:

“DIOS es el alma de todas las cosas” “DIOS está en el Universo y el Universo está en DIOS”.

Nos enseña este gran filósofo que la naturaleza humana es doble: el cuerpo que es perecedero y el alma que es inmortal. En base a esto, la verdadera realidad no está en las cosas materiales, está en el alma, en su esencia inmortal. En sus sentencias resalta que el alma es de esencia divina, pero se encuentra encerrada en un cuerpo, en el que se halla enterrada como en una tumba. Sin embargo este encierro puede llegar a su fin, cuando el alma se eleve al conocimiento de la Ley Divina que rige el Universo. El alma volverá a encontrar su libertad a través de la práctica de la Virtud, que para él está formada de los sentimientos piadosos inspirados por la Divinidad, que generen una purificación por medio de la cual se libera de las trabas corporales y llega a la eterna felicidad que le corresponde por su naturaleza divina. Nos enseña:

“Un corazón inspirado por la Virtud, a DIOS nos acerca, pues es forzosamente necesario que lo semejante vaya hacia lo

semejante” “No hay para DIOS en la tierra lugar más habitable que un alma pura”

Esta purificación nos llevará a comprender que no sólo debemos considerar al alma desde el punto de vista de los seres particulares, es necesario elevarse a la contemplación del alma que gobierna el Universo entero, y su presencia se manifiesta en el orden maravilloso que reina en todas las cosas:

“El Universo es todo un Bien ordenado, cuyas partes están unidas entre sí por nexos de armonía, y por estar reguladas armoniosamente, las cosas obedecen a una Ley: el Número”.

Por encima de este mundo de cosas perecederas se encuentra el mundo de las esencias eternas, el mundo de los números o de la proporción:

“Los Números son principios eternos que viven en el seno de la armonía, y por encima de ésta se encuentra la Unidad, fuente del Número: la Mónada Creadora, que da nacimiento a todos los seres: DIOS; por tal motivo, el Número es su Ley”.

El orden cósmico está basado en ciertas relaciones numéricas gobernadas por esta sagrada Ley como potencia invariable de DIOS aplicada a la organización del mundo, a la creación de los seres divinos y a su ordenación inmutable y eterna.

También la música ocupa un puesto central en su filosofía, manteniendo un papel preponderante. Según cuenta sus discípulos, Pitágoras descubre la relación entre la música y las ma-

temáticas al pasar por una herrería y escuchar los sonidos “armoniosos” que generaban los martillos de los herreros al golpearse. Atraído por este hecho, entra al taller para indagar la causa, y encuentra que los pesos de esos martillos estaban en proporción: uno pesaba la mitad del otro, el que seguía $2/3$ del primero, y así sucesivamente. Para este filósofo, la música es una combinación armoniosa de contrarios, una unificación de múltiples y un acuerdo de opuestos. El mismo Universo revela la idea de orden, de ley y de belleza, es decir armonía, proporción de todas las partes que lo componen. Esta armonía es concebida por la inteligencia como número y por el sentimiento como música, las matemáticas y la música se unen descubriendo el orden por el que se rige el Universo, que es dinámico y es el movimiento de los astros y de las fuerzas que los mueven el que se ajusta en un todo armónico. Las matemáticas (aprender a Ver) y la música (saber Escuchar), lo que se aprende por los ojos, y lo que se aprende por los oídos: “la tonalidad del universo es armonía y número”. El número, alude al aspecto visual, geométrico y astronómico de los cuerpos del cosmos, que es comparado con un inmenso teatro. La armonía alude al sonido de los instrumentos afinados que hacen del cosmos una orquesta sinfónica. Esa teoría nos enseña a mirar el cielo y escuchar la música callada de las esferas celestes. Porque el cielo

es número, armonía, y también es música, que sólo quien sabe guardar silencio, como Pitágoras, es capaz de escuchar.

Pitágoras descubre que existe una relación numérica entre tonos que suenan armónicos y que la música, siendo uno de los medios esenciales de comunicación y goce, puede ser medida por medio de razones de números enteros. Es decir que, al dividir una cuerda en ciertas proporciones, es capaz de producir sonidos agradables al oído. Este gran filósofo enlaza el espacio, el número y el sonido, dentro de una relación matemática armónica. De este modo relaciona el número con la armonía. Sostiene que, por ejemplo, las órbitas de los cuerpos celestiales que giran junto a la Tierra producen sonidos que armonizan entre sí dando lugar a una bella vibración a la que denomina “música de las esferas”. Cada esfera produce un sonido, las esferas más cercanas dan tonos graves, mientras que las más alejadas dan tonos agudos. Todos estos sonidos se combinan en una hermosa melodía. En el sentido pitagórico se establece un paralelismo entre los intervalos acústicos considerados como base de la música y las distancias que nos separan de los planetas. Así, explica la relación de distancias armónicas que existen entre las notas musicales y los planetas del Sistema Solar, correspondiendo el Do-Re a la distancia de la Tierra a la Luna, Re-Mi, Luna- Venus y así sucesivamente. Siendo el Sistema Solar (y en general todo el Universo) un gran pentagrama musi-

cal, donde cada planeta emite su nota particular con una gran gama de sonidos. En sus experiencias, Pitágoras descubre tres intervalos que considera consonantes llamados: el diapasón, el diapente y el diatesarón, que corresponden al octavo, cuarto y quinto sonidos de nuestra escala musical.

Como hemos dicho antes, el alma es armonía, debido a esto, la música ejerce sobre el espíritu un especial poder: puede restablecer la armonía espiritual, incluso después de haber sido turbada. De tal idea se deduce uno de los conceptos más importantes de la estética musical de la antigüedad: el concepto de catarsis. La creencia en el poder encantador y curativo de la música es muy antiguo, se remonta a tiempos anteriores a Pitágoras, donde la música era admirada y llamada purificación, por eso los pitagóricos purifican el alma con la música. Por tanto se establece un lazo indisoluble entre salud y música, puesto que la proporción y equilibrio de las notas produce armonía y orden, tanto en el cuerpo como en el alma. La música es un saber sublime, importante como medio de contemplación y de purificación espiritual y fundamental para descubrir a DIOS en nuestro corazón. Las enseñanzas del gran filósofo de Samos, podemos sintetizarlas en las sagradas palabras de Nuestra Madre:

“Algún día, todos despertaremos. Algún día, enamorados de la Gran Música del Celeste abandonaremos nuestros densos

cuerpos materiales para ser, una vez más, sutiles y maravillosos rayos de luz habitando el Reino de su corazón, donde moran tan sólo las almas compasivas, piadosas y conscientes de su suprema Esencia.”

*Por la Prof. Norma Novoa
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
